# Un acercamiento a la semiótica

*Carlos Luna Cortés**

## Introducción

Pocos campos del conocimiento han padecido como la semiótica un persistente jaloneo entre la aceptación ingenua y acrítica y la detracción contundente. Especialmente de moda en los años setenta, la semiótica representó para muchos un recurso fácil para cuestionar procesos culturales y comunicativos a partir de un manejo pueril de sus conceptos y metodologías; mientras que era, desde el otro bando, censurada por sus excesos formalistas y su dificultad para mirar la historia. El tiempo puso las cosas en su lugar. La semiótica resistió el sabotaje que desde adentro ejercieron muchos de sus seguidores, y pudo mostrar a los de afuera que sus aportaciones, a pesar de su complejidad, ganaban en consistencia y en mucho podían iluminar la comprensión de lo social. El lugar de respeto dentro de las ciencias del hombre que hoy ocupa la semiótica, por lo menos en algunas de sus versiones, ha sido resultado de un proceso largo en el tiempo, en el cual se han venido delimitando alcances, decantando categorías y precisando métodos.

Esto no significa, por otra parte, que todo esté resuelto y en su lugar. A estas alturas de la reflexión filosófica sobre las ciencias, pretender para la semiótica el estatuto de "ciencia normal", en el sentido propuesto por Thomas Kuhn, es una desmesura; pero lo mismo se afirma ya prácticamente de todos los campos de conocimiento sobre lo humano y lo social, ahora que se ha instalado plenamente en la conciencia del mundo contemporáneo la crisis de las ciencias sociales, y cuando se replantean sus aportaciones y fronteras disciplinarias y paradigmáticas.

## Semiótica o semiología

La diferencia en la denominación de este campo de estudio responde inicialmente a su doble origen histórico. El inglés John Locke utilizó en el siglo XVIII el término "semiótica" prácticamente como sinónimo de "filosofía del lenguaje". Esta misma denominación vuelve a aparecer en Estados Unidos a principios del siglo XX en la obra de Peirce referida ya, como se verá más adelante, al estudio de los signos, y se conservará en adelante dentro del mundo de habla inglesa. El nombre de "semiología", en cambio, aparece en Francia en los trabajos lingüísticos de De Saussure y durante algún tiempo se conservará entre los seguidores de aquél, hasta que en 1969 se constituye la Asociación Internacional de semiótica, con lo cual queda sansionada la denominación de origen anglosajón. Si bien varios pensadores sostienen algunas diferencias de significado teóricamente pertinentes entre ambos términos, prácticamente todos han convenido en cobijar sus estudios bajo la razón genérica de "semiótica".

Independientemente de los matices y de los orígenes históricos del término, la semiótica se ocupa, como la misma etimología del término lo indica, de los signos. Ahora bién, lo que en algún momento puede parecer como un campo unificado alrededor de una definición unívoca de su objeto, resulta apropiado sólo en un sentido muy general. Bajo esta aparente unidad se esconde toda una trayectoria de búsquedas y permanenetes desplazamientos que han tenido como resultado una disciplina múltiple, contradictoria en algunos momentos y muy densa en sus aportaciones.

No nos encontramos, pues, frente a una disciplina cabalmente constituida, con su epistemología propia y sus modelos teóricos y acercamientos metodológicos unitarios. La semiótica todavía aparece en su conjunto como un vasto dominio donde confluyen desde el estudio de las expresiones animales (zoosemiótica) y los síntomas fisiológicos (semiótica médica), hasta el análisis de la cultura y las formaciones sociales ideológicas, desde una diversidad amplia de perspectivas y de acercamientos.

Es imposible dentro de los límites de este espacio hacer el recuento de esta diversidad y reconstruir sus trayectorias y entrecruzamientos. Baste por ahora reconocer algunos hitos importantes y esbozar lo que la semiótica puede ofrecer a la comprensión de la vida humana y social.

## Los padres fundadores

En su acepción moderna, la semiótica tiene su origen en los trabajos de dos pensadores de principios de siglo, quienes, por caminos separados, la fundan y sientan las bases de su futuro desarrollo: el filósofo norteamericano Charles Sanders Peirce (1839-1914) y el lingüista ginebrino Ferdinad De Saussure (1857-1913).

Dice Peirce:

> Que yo sepa, soy un pionero, o, mejor, un explorador, en la actividad de aclarar e iniciar lo que llamo semiótica, es decir,

* Profesor-investigador de la Maestría en Comunicación del ITESO.

> la doctrina de la naturaleza esencial y de las variedades fundamentales de cualquier clase posible de semiosis [...]. Por semiosis entiendo una acción, una influencia que sea, o suponga, una cooperación de tres sujetos, como, por ejemplo, un signo, su objeto y su interpretante, influencia tri-relativa que en ningún caso puede acabar en una acción entre parejas.[1]

Por su parte, De Saussure, desde sus estudios lingüísticos, proyectó el surgimiento de la nueva disciplicina en los siguientes términos:

> La lengua es un sistema de signos que expresan ideas y, por esa razón, es comparable con la escritura, el alfabeto de los sordomudos, los ritos simbólicos, las formas de cortesía, las señales militares, etc. Simplemente es el más importante de dichos sistemas. Así, pues, podemos concebir una ciencia que estudie la vida de los signos en el marco de la vida social; podría formar parte de la psicología social y, por consiguiente, de la psicología general; nosotros vamos a llamarla semiología [...]. Podría decirnos en qué consisten los signos, qué leyes los regulan. Como todavía no existe, no podemos decir cómo será; no obstante, tiene derecho a existir y su lugar está determinado desde el punto de partida.[2]

Además de ser coetáneos y de tener afanes fundacionales (más claros en Peirce que en De Saussure), ambos pensadores comparten el hecho de no haber dejado una obra sistemática escrita. Sus aportaciones fueron recogidas por sus respectivos alumnos y seguidores, quienes se dieron a la tarea de organizarlas y editarlas. En 1916 aparece en París el *Curso de lingüística general* de De Saussure, y en 1931 son publicados en Cambridge los trabajos de Peirce bajo el título de *Collected papers.*

Quedan ya desde entonces planteadas algunas de las cuestiones que marcarán la discusión semiótica en el futuro. Dos de ellas merecen especial atención. En primer lugar se encuentra la noción misma de signo. De Saussure entiende por signo una relación entre dos elementos: significante y significado. El primero se refiere a la imagen acústica que se produce en la percepción física de los sonidos; el segundo, al concepto o idea que se asocia a esa imagen en virtud de un código constituyendo la significación. Esta noción surge del caso particular del signo lingüístico, pero en su estructura básica es aplicable a cualquiera de los otros tipos. Peirce, en cambio, propone un modelo triádico en el cual hace participar al objeto o referente e introduce la idea de interpretante, no en el sentido de un sujeto empírico que interpreta al signo, sino como "otra representación referida al mismo objeto"[3], con lo que se abre la puerta a la sugerente idea de semiosis ilimitada, es decir, al proceso abierto mediante el cual un signo se realiza con la participación de otro, y así sucesivamente.

En segundo lugar, De Saussure restringe la noción de signo sólo a los casos donde se verifican la arbitrariedad en la relación significante-significado y la intención comunicativa. El signo resulta así un artificio socialmente producido para fines expresivos. Peirce prescinde tanto de la noción de arbitrariedad como de la intención comunicativa: se produce la semiosis ahí donde concurren sus elementos constitutivos, independientemente de la presencia de un emisor humano. Esta concepción le permite a Peirce considerar como signos tanto a los símbolos (el correspondiente a signo en De Saussure), como a los íconos y los índices (huellas o síntomas), con lo cual el objeto de la semiótica se dilata hasta abarcar cualquier fenómeno que, en diversas circunstancias y bajo cualquier aspecto, pueda estar en lugar de otra cosa para un potencial intérprete humano.

Si bien De Saussure no elabora propiamente una teoría semiológica -como sí lo intenta Peirce- deja las bases epistemológicas y teóricas de la lingüística estructural, dentro de las cuales la semiótica cobrará un fuerte impulso a partir de los años sesenta. Es este impulso (especialmente significativo en Francia y otros países europeos de habla romance y eslava) el que marca buena parte de la discusión semiótica contemporánea y en el que se inscriben la mayoría de las aportaciones latinoamericanas en este campo.

La obra de Peirce, a pesar de lo sugerente de muchas de sus aportaciones, no parece haber tenido una trascendencia equivalente, o por lo menos una trascendencia constatable fuera del mundo de habla inglesa; en parte por lo tardío de la edición de sus obras, en parte también por la complejidad de sus planteamientos.

El lingüista danés Louis Hjelmslev reelabora la noción saussuriana de signo y con ello da un paso más en el desarrollo de la semiótica. Para Hjelmslev "Un signo está constituido siempre por uno (o más) elementos de un PLANO DE LA EXPRESION colocados convencionalmente con uno (o más) elementos de un PLANO DEL CONTENIDO"[4]. Esto significa que un "signo no es una entidad semiótica fija, sino el lugar de encuentro de elementos mutuamente dependientes procedentes de sistemas diferentes y asociados por una correlación codificadora". En este sentido, no existen signos, propiamente hablando, sino funciones semióticas. En el mismo esfuerzo por revisar el concepto de signo, Hjelmslev aborda el problema de la connotación, a la que concibe como una función semiótica de segundo nivel cuyo plano de la expresión está constituido por la función semiótica primera o denotativa, conceptuación que será base para posteriores desarrollos y que permanece vigente hoy en día.

## Del signo al discurso social

El filósofo francés Roland Barthes retoma la propuesta de De Saussure y desarrolla de manera sistemática lo que algunos estudiosos consideran como la primera semiología en sentido estricto.

De manera contraria a lo previsto por De Saussure, Barthes desarrolla su propuesta semiológica dentro del campo de la lingüística. Fundamenta esta decisión en la constatación de que todos los sistemas semiológicos se estructuran sobre la base del lenguaje y, por lo tanto, son

las categorías linguísticas las que mejor pueden explicarlos.

Sobre esta base, la obra de Barthes contiene tres grandes aportaciones al desarrollo de la semiótica. En primer lugar, rebasa en sus análisis el ámbito de la frase, al que se habían reducido los estudios lingüísticos y semiológicos anteriores, con lo cual abre el camino al estudio de las prácticas discursivas. De esta manera, amplía el campo de la semiótica del estudio de los códigos y sistemas al problema de los procesos. En segundo lugar, incorpora en su trabajo la investigación sobre prácticas significantes no lingüísticas, es decir, sobre el conjunto de manifestaciones expresivas que no tienen como soporte material al lenguaje oral. Se sirve en esta empresa de la noción de "función semiótica" propuesta por Hjelmslev, lo que le permite considerar como signos incluso aquellos objetos de uso práctico que culturalmente han sido revestidos de sentido. En tercer lugar, se preocupa prioritariamente por el nivel connotativo de la significación, a partir de lo cual connecta sus indagaciones con el problema de la ideología, concebida ésta como el conjunto de connotaciones expresadas en las prácticas discursivas. Barthes abre, así, un puente de diálogo fructífero entre la semiótica y las ciencias sociales que seguirá en pié a partir de entonces.[5]

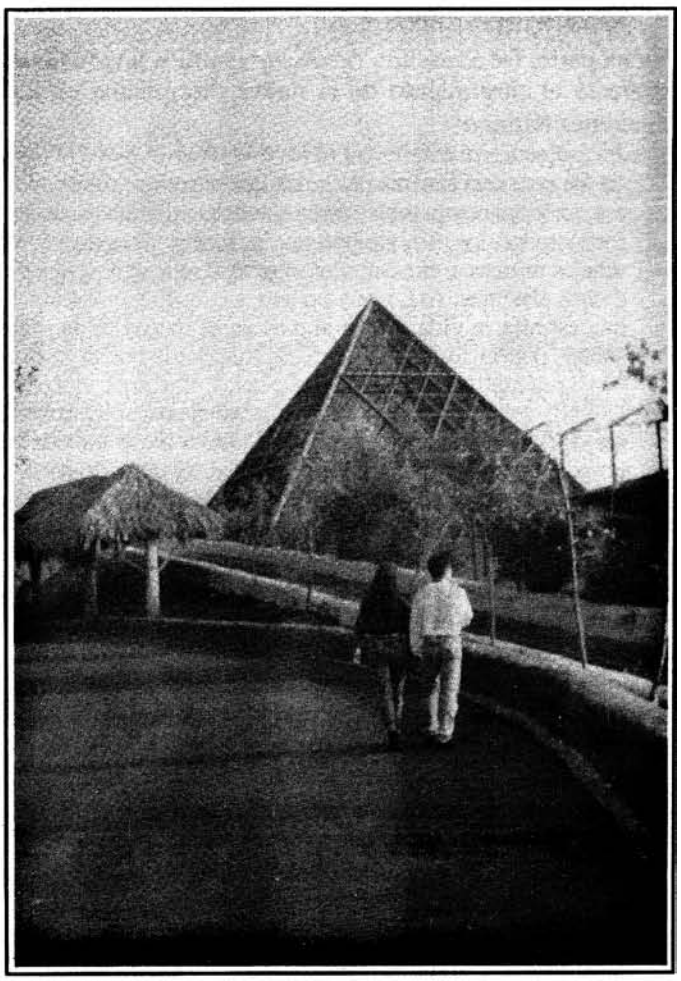
El trabajo de Barthes representa, en este sentido, un intento por incorporar las aportaciones y métodos de las ciencias del lenguaje y de la semiología dentro de ellas, al análisis de lo social por la vía de la ideología.

**La semiótica general de Umberto Eco**

Ningún recorrido por el desarrollo de la semiótica puede prescindir de una referencia al italiano Umberto Eco. Preocupado inicialmente por los problemas de la estética, Eco incursiona en la semiótica a través de la cultura de masas y, después de una primera discusión sobre algunos de los problemas centrales de este campo en *El signo* y en la *Estructura ausente*, se lanza a un exhaustivo trabajo de síntesis que publica en 1975 con el nombre de *Tratado de semiótica general.* En sus propias palabras, el texto trata de

> [...] reducir a categorías unitarias y -es de esperar- más rigurosas, todas mis investigaciones semióticas anteriores, trazando los límites y las posibilidades de una disciplina que se establece como conocimiento teórico sólo para los fines de una praxis de los signos.[6]

Sobre la base de un minucioso trabajo de recopilación, análisis y discusión de las aportaciones más importantes del campo, Eco plantea una distinción de dominios a su juicio fundamental: la teoría de los códigos y la teoría de la producción de signos. La primera se ocupa de los sistemas de significación en tanto reglas convencional y culturalmente producidas y, por lo tanto, analizables desde un número limitado de categorías y con autonomía para verificarse en hechos semióticos concretos. La segunda se ocupa, precisamente, de los procesos mediante los cuales los signos se producen en circunstancias particulares sobre la base de los códigos preexistentes. Dentro de este segundo dominio, Eco aporta una tipología sobre los modos de



Durruty de Alba

producción semiótica que desplaza las clasificaciones de los signos elaboradas con anterioridad -la de Peirce, por ejemplo- y que abre las puertas para pensar la comunicación y la cultura como procesos y como trabajo productivo.

En la novela *El nombre de la rosa* Eco tendrá una excelente oportunidad de mostrar en qué consiste una "praxis de los signos" a través de su personaje central, Guillermo de Baskerville, quien se desempeña en el relato apercibido de una impecable razón semiótica.

## Greimas y la Escuela de París

A punto de concluir el siglo y a casi cien años de los trabajos pioneros de Peirce y De Saussure, si algún proyecto semiótico se ha consolidado y ha mostrado su potencial como recurso de análisis e intelección, es el de Algirdas Julien Greimas, al frente de lo que ahora se conoce como la Escuela de París.

Lituano de nacimiento y lingüista de profesión, Greimas desarrolla en Francia su contribución a la semiótica sobre tres pilares fundamentales: la lingüística de Ferdinand De Saussure, la antropología de Levy-Strauss y la morfología del cuento del formalista ruso Vladimir J. Propp. Del primero recoge la armazón teórica básica para el estudio de la lengua; del segundo, la aplicación de este armazón al análisis de los mitos y la cultura, y del tercero, sus estudios sobre la sintaxis narrativa en los cuentos maravillosos rusos. A partir de ahí, emprende la tarea de generar una teoría y un método que permitan desentrañar las condiciones y los procesos de producción del sentido.

En palabras del propio autor,

> [...] el objeto de la Semiótica es el de mostrar cómo el hombre concibe el mundo y cómo lo organiza al humanizarlo. Su dominio abarca todos los universos significantes en cuanto que tienen sentido para el hombre, debido a que están formados por una estructura, la cual es necesario elucidar. El mundo es un lenguaje y no una colección de objetos.[7]

El supuesto que sirve de punto de partida a la empresa greimasiana es que todo discurso se encuentra organizado y posee una gramática interna que se despliega a partir de una estructura narrativa profunda. Es en esta organización en la cual el sentido cobra forma y se manifiesta.

En 1966 aparece el texto *Semántica estructural,* donde Greimas expone las bases teóricas de su modelo de análisis. En 1970 da un paso más con la publicación de *En torno al sentido I,* y en 1980 da a luz *La Semiótica del texto. Ejercicios prácticos. Análisis de un cuento de Maupassant,* libro donde Greimas ofrece un exhaustivo ejercicio de aplicación de su modelo en el análisis de un relato corto.

A lo largo de estas obras y de otras muchas que no se mencionan en este breve artículo, se va configurando un proyecto de especial consistencia y capacidad. De este esfuerzo resulta un modelo teórico-metodológico para describir la manera como el sentido va cobrando forma, es decir, se va desplegando, desde las estructuras profundas hasta su manifestación en la superficie del discurso, con independencia de la naturaleza de las materias significantes o expresivas del texto.

Debido a esta independencia el modelo se ha utilizado para analizar cualquier tipo de práctica significante, y ha dotado al proyecto de una vitalidad poco usual. Si en un principio los objetos de análisis estuvieron circunscritos a textos literarios, el modelo mostró rápidamente su capacidad para abordar la gran diversidad de productos culturales (imagen, cine, publicidad, etcétera), movimiento dentro del cual la propuesta ha venido enriqueciéndose.

Al final de cuentas, como lo manifiesta el propio Greimas, de lo que se trata es de acercarse al mundo mismo, en la medida en que el mundo está humanamente organizado por el lenguaje, o en otras palabras, acercarse a la realidad social en lo que ésta tiene de realidad construida por el hombre y su cultura.

## Para concluir

Más allá de las circunstancias azarozas que han marcado su origen y desarrollo, de la complejidad de sus esquemas y metodologías, consecuentes, por otra parte, con sus retos y pretensiones, y de su carácter mismo de proyecto abierto e inacabado, la semiótica ha mostrado su vitalidad y su capacidad para responder, desde su propia vocación, a las exigencias de las ciencias sociales contemporáneas. El hombre y las relaciones que establece con su mundo y con los otros hombres, no pueden ser comprendidos cabalmente si se prescinde del sentido que estas relaciones revisten; sentido que se expresa en la comunicación cotidiana, mediada o no por la tecnología, pero también en el conjunto de prácticas que pueblan la vida en sociedad. El lenguaje es vehículo de la comunicación, pero también una forma que estructura el pensamiento y organiza la cultura. Acercarse a él, comprender su configuración y sus múltiples manifestaciones es el propósito de la semiótica, pero no al modo de la mirada contemplativa, sino como proyecto práctico. La praxis de los signos, dirá Umberto Eco; la transformación del sentido, dirá Greimas.

---

## Notas

1. Peirce, Charles Sanders, citado por Umberto Eco en *Tratado de Semiótica General,* Nueva Imagen-Lumen, México, 1980, p. 45.
2. De Saussure, F. *Curso de Lingüística General,* Losada, Buenos Aires, 1945.
3. Eco, Umberto. *Op. cit.,* p. 133.
4. Hjelmslev, Louis, citado por Eco. *Op. cit.,* p. 100.
5. Una exposición más amplia de las aportaciones de Barthes puede encontrarse en el artículo de Gilberto Giménez "Lingüística, semiología y análisis ideológico de la literatura", en MONTEFORTE Toledo, M. et. al., *Literatura, ideología y lenguaje,* Grijalbo, México, 1976.
6. Eco, Umberto. *Op. cit.,* p. 16.
7. A. J. Greimas, citado en Gómez Robledo, Xavier. *Los caminos de la semiótica (ortodoxos y liberales),* Colección Huella, núm. 15, ITESO, Guadalajara, 1988, p. 8.

Carolina Ramírez